

LA MUSICA: LIBERTAD EN EL TIEMPO, LIBERTAD DEL TIEMPO

Gervinus Röthling estaba orgulloso de su habilidad, conseguida en años de incesante atención a la divagación casual y a la anárquica insubordinación de la conciencia humana, para pensar ordenadamente al mismo tiempo que escuchaba música. Dentro de lo que el Dr. Röthling sabía, no había mucha gente que pudiera hacerlo. La música era el gran relajante; bajo su influjo, el pensamiento aflojaba sus amarras y se dejaba llevar por letárgicos *mailstroms* sobre los abismos de la tranquilidad de sobremesa. Cuando el Dr. Röthling escuchaba con atención, cuando se hacía "todo oídos", vaciaba el cuarto de estar de su yo ordinario de cualquier intrusión consciente; podía silenciar su alma, podía abrirla de brazos como la muerte. Pero cuando escuchaba sólo con una parte de su ser siendo el nivel de atención uno que el Dr. Röthling podía seleccionar a discreción, cuando permitía que una corriente de pensamiento fluyera, por así decirlo, entre la música y ese compacto nódulo de identidad que él preciaba sobre cualquier cosa, se encargaba de que sus reflexiones fueran ordenadas y completas. No una posesión a medias: reflexionar, sentir sin sintaxis mientras se escucha, era hacer de la música un opiato, una aspirina para élites.

"La música es libertad en/del tiempo. Todas las otras actividades humanas, así como las sensaciones, poseen un eje temporal. Un hilo lineal de tiempo-secuencia las recorre. Pero es un hilo externo, que viene de un sistema de coordenadas ya establecido y, con frecuencia, ajeno a su naturaleza. Hasta un sueño, hasta un golpe de delirio es incapaz de crear su propio tiempo. Se limitan a comprimir o a distorsionar una temporalidad exterior y determinada. El tiempo pulsa dentro de un cristal y aplana al espacio en el centro de la galaxia. No hay realidad accesible al entendimiento humano fuera de la red *a priori* del tiempo, dice Immanuel Kant.

Con la excepción de una realidad. La de la música. Toda pieza de música, sea el *Anillo* o uno de los estudios para cello de Webern que apenas tienen un minuto de duración, re-crea al tiempo. Crea su propio tiempo, una secuencia expresiva, única y propia de sí misma. Otras cronometrías, la del metrónomo, la del tiempo real que se requiere para la ejecución, son apenas marginalmente relevantes. El verdadero tiempo de la música es una construcción interior propia de cada composición particular. Una composición musical *toma tiempo*, pero no en el sentido ordinario, no contra la referencia del reloj. Se recorta contra el flujo general del tiempo en el cual conducimos nuestras regimentadas vidas con una aserción específica de libertad tan absoluta que empequeñece cualquier otra pretensión de libertad, sea política, privada, orgiástica. La música es la única realidad perceptible para el hombre en la que el tiempo queda gobernado. Arrebata de nuestra carne esa flecha de pasado-presente-futuro que nos fue clavada en el instante de nuestro nacimiento y que sale disparada de nosotros, en ofensivo anonimato, en el momento de nuestra muerte. Cada composición musical genera su propia esfera temporal, su propio alfa y omega de completud existencial. Cuando escuchamos música estamos a la vez dentro y completamente fuera de la banal soberanía de los relojes. Un canon invertido como el de Tellis o el contrapunto retrogradable de *El clavecín bien temperado* 1, 6, consiguen lo que los místicos sueñan y lo que anhelan los adictos por medio de las drogas: crean sistemas temporales que se revierten, en los cuales el futuro, en el sentido pleno y concreto de la lógica temática, puede preceder al pasado, o en los cuales dos flechas pueden volar en direcciones opuestas y aún así conservarse paralelas. Cuando un hombre compone música, cuando inventa una melodía siendo invención tal, tal pasaje, de un plano de energía a otro, el *ultimum mysterium*, quizá, de la existencia humana realiza un rito de libertad como ningún otro. Ese rito es la definición de la música. Es aquello que hace a la música algo que no puede reducirse al lenguaje. En el lenguaje es donde yace nuestra esclavitud, nuestra obediencia, manifiestas cada vez que empleamos un verbo, a la tiranía del tiempo. El discurso, el habla, nos compele a subordinar nuestra experiencia, por más íntima y más extática que sea, a la vulgaridad universal del tiempo pasado, la niebla del presente o del futuro. De hecho, el que recurramos al tiempo futuro en el discurso es una triste burla, un disparo de honda contra el hecho real de nuestra inescapable e impredecible muerte. Hablar es nadar y, finalmente, ahogarse en el turbio e inhumano en tanto que insubordinable río del tiempo. En el verdadero silencio no hay tiempo, o, al menos, hay un breve doblez que escapa del tiempo. De ahí que sea a través de sus silencios que el lenguaje se acerque más a la música. *La musique est la liberté dans le temps.*

GEORGE STEINER

Traducción de Guillermo Sheridan